

dos, se fué sin remedio a la busca de un destino tumultuoso y espectacular. Así, el último secreto de esas decoraciones se pierde. Más autenticidad tenía lo inmediatamente anterior al cubismo: aquellos salones repletos de baratijas, tapetes, vitrinas, dominados por el cursi imperio de las famosas «tandas», «tarantelas» y «polkas». «Música de salón» que todavía se llama, póstumo y lánguido final del salón romántico.

\*

La famosa generación de «los seis»—el París de la primera postguerra—lanzó alguna vez la denominación de «música-mueble». No consiguieron nada porque su triunfo estaba en otra parte. Peleaban precisamente contra la última manifestación de la intimidad: Debussy. La impopularidad de la música debussysta, esa impopularidad que tanto preocupó en otros tiempos a Ortega, tiene una clarísima causa: allí estaba el último esfuerzo contra lo irremediable. El mar, las nubes, la luna, envueltos en ese transfigurado y milagroso algodón en rama de la técnica impresionista, eran todavía música de cuerpo quieto y ojos cerrados. Era como una visión de paisajes pintados cómodamente vistos desde el cuarto. La música debussysta pide la butaca más amplia y acolchada...

\*

El tema no es frívolo. Yo lo siento muy trágicamente, como síntoma de una época extraña a la intimidad. Pensemos que la casa no es sólo la casa. Para el labrador es también el campo y de él han



Massot.—Retrato de madame Duval Topffer



Terboch.—El concierto



El tercer conde Cowper y su familia en un salón de música en Florencia